

MARINO GÓMEZ-SANTOS

EL PRIMER PERIODISTA ESPAÑOL QUE ENTREVISTÓ A LA REINA VICTORIA EUGENIA

«En los seis meses que trabajé en este libro, traté de recoger el ambiente que rodeó a la soberana desde su nacimiento hasta el momento en que la he visitado»

MARINO Gómez-Santos ha conseguido algo tan admirable, literario y periodístico a la vez como convertir la entrevista en el gran retrato biográfico. Los personajes, colocados ante su retina, van adquiriendo en el trasunto escrito perfiles y contornos, pero no se desglosan de la realidad donde alientan. Se confunden con el ambiente, cuando así lo pide el propósito artístico, o adquieren la constancia volumétrica que los destaca de su fondo histórico, sin arrancarlos al mismo. Es, diríase, un procedimiento eminentemente plástico que ha dado grandes resultados en literatura. Sobre todo cuando quien lo emplea no elude el compromiso y la necesidad del retrato interior, anímico, de hombres, hechos y cosas.

En esta larga tarea que el escritor lleva realizada se instala ahora una obra decisiva y cumbre en su propósito. Marino ha logrado el gran retrato de doña Victoria Eugenia, la reina española que un día fué «la más bella reina de Europa» y hoy, en su ancianidad serena, conserva la elegancia, el atractivo espiritual de las grandes señoras de la Historia.

El procedimiento para obtenerlo fué el directo procedimiento periodístico. Una serie de entrevistas, publicadas en PUEBLO, que luego, al remanerse en libro, exigieron un segundo tratamiento que Marino, hombre de letras y buen compilador del dato histórico, les otorgó adecuadamente. «La reina Victoria Eugenia de cerca» es un libro de decidido impacto en nuestro panorama editorial. La edición, cuidadísima, es digna del tema y la persona evocada. Un abundante material gráfico ilustra las palabras de doña Victoria al discurrir por los días felices, tristes o dramáticos de su vida. Hay, incluso, reproducciones a color. Desde la niñez en la Corte de Inglaterra de la princesa Ena de Battemberg hasta la muerte de Alfonso XIII, en Roma, todo un largo período histórico queda encerrado en las palabras de la protagonista egregia. Como todo libro tiene, en sus entretallados, un cúmulo de luchas y dificultades, luego borrados por el gozo de la definitiva realización, he querido que Marino los recuerde para mí en una conversación periodística. Será una especie de «alcuicil alcuicilado». De entrevistador sometido al tormento del diálogo periodístico, pero del lado de allá: del de los personajes.

Le he preguntado por la génesis de este libro. Marino responde:

—Yo soy un hombre más bien optimista y sin complejos; no obstante, tengo también mis horas bajas. Un día de invierno salí con Emilio Romero del periódico. Al llegar con el coche a la estatua de Espartero, él, que no puede ver preocupado a ninguno de

sus colaboradores, me preguntó qué me ocurría. Le dije que hacía tiempo no encontraba personajes de los que a mí me gustaban para mi sección de PUEBLO, y que pensaba era lo mejor suspenderla, si a él le parecía. Me dijo entonces que teníamos que pensar juntos en buscar nuevos nombres, y como es un profesional que no necesita encerrarse durante largas horas en un despacho para que se le ocurra algo, me dió cuatro o cinco nombres ambiciosos que a primera vista parecían imposibles de hacer. Entre ellos, el de la reina Victoria Eugenia...

—¿Cuál fué tu reacción...? —Yo le dije: «Tengo entendido que la reina Victoria no ha sido entrevistada nunca por un periodista español.» Emilio me respondió: «Puedes ser tú el primero.» Argüi: «La reina Victoria vive en Lausanne.» Y me respondió: «Muy bien: el

ta magnetofónica y al llegar a Madrid escribí diez capítulos. Cuando tenía ya escrito ese original, la editorial Afrodisio Aguado me ofreció un contrato para hacer un libro.

—¿Había pensado en esa posibilidad?

—No. Y comprendí que el original que tenía era insuficiente, ya que no quería publicar los reportajes en forma de libro, sino escribir un nuevo original en la medida que el libro requiriera. Hice nuevas gestiones para obtener una segunda audiencia de la reina, que aquellos días se había trasladado a Roma para pasar una semana con su hija la infanta Beatriz. Nadie creyó oportuno solicitar la segunda audiencia. Entonces tomé un avión a Roma y me presenté la víspera de San José en el palacio de Torlonia, espontáneamente. Tuve la suerte de poder saludar a la propia infanta Bea-

- ◆ Dos audiencias de casi dos horas: una en Lausanne y otra en Roma
- ◆ Doña Victoria tiene una memoria prodigiosa: recuerda las tiendas de Madrid, títulos de obras teatrales que vió, nombres de artistas, etc.
- ◆ Sus nostalgias: La Granja de San Ildefonso y el Alcázar de Sevilla

trix, quien me prometió hacer todo lo posible por conseguir la segunda audiencia.

—¿Tardó mucho en serte concedida? —Al día siguiente, San José, a las doce de la mañana, me recibí nuevamente la reina. La audiencia duró hora y media. Doña Victoria apareció con un «tailleur» lila, muy enojada, muy rejuvenecida, y si no fuera irrespetuoso decirlo, guapísima. Estuvo muy cordial, volví a poner el magnetófono y me preguntó al terminar si necesitaba más tiempo. Le di las gracias, diciéndole que tenía suficiente. Cuando volví a Madrid escribí un extracto de la entrevista en Roma, que se publicó en la serie de PUEBLO con el número once.

—¿Por qué titulaste tu libro «La reina Victoria Eugenia, de cerca»?

—Ha sido titulado así porque a los reyes, generalmente, se les ve siempre de lejos. Pero creo que también hubiera sido buen título «La reina Victoria Eugenia y su tiempo». Porque en los seis meses que he trabajado en este libro traté de recoger el ambiente que rodeó a la soberana desde su nacimiento hasta el momento en que la he visitado.

—¿Carácter de tu obra?

—No he querido hacer un libro político, aunque aparecen en él algunos temas políticos. He pretendido reflejar la vida de una gran señora,

que es a un tiempo reina. Afrodisio Aguado ha editado un volumen de gran lujo, con cubierta a color, con 104 fotografías que forman un verdadero álbum, en su mayor parte inédito. En estos momentos van a comenzar unas conversaciones, porque es posible que sobre el libro se haga una película en color y en cinemascopio.

—La conversación de la reina en estas entrevistas ¿fué fluida?

—Totalmente espontánea. Yo llevaba un cuestionario que le presenté; pero luego hablamos libremente, sin seguir un plan preconcebido.

—¿Tiene buena memoria doña Victoria?

—Prodigiosa. Es escalofriante. Para las fechas incluso. Se acuerda de que llegó a Madrid el 25 de mayo de 1906. Y no es eso sólo, sino que se acuerda de la fecha en que nacieron las infantas y los infantes. De toda las fechas de sus viajes oficiales con el rey por las cortes europeas. De los personajes que se sentaban a la mesa en las comidas palatinas; del sitio que ocupaba cada uno; de las anécdotas que surgían; de los uniformes que llevaban; de las joyas importantes que lucían las señoras en los bailes...

—¿Y de Madrid, se acuerda?

—Aunque hace treinta y tres años que está ausente de Madrid, recuerda cantidad de tiendas, algunas que todavía

existen. No se ha olvidado de los títulos de las obras a que asistió en Apolo, en el Real o Lara. Recuerda muchos nombres de actrices y de actores. Me habló mucho de Antonia Mercé (La Argentina), de Pastora, de Antonio el bailarín..., de lo mucho que le gustaba el gazpacho y del cocido madrileño, que se tomaba en palacio una vez por semana...

—¿Cuáles son sus nostalgias?

—La Granja de San Ildefonso y el Alcázar de Sevilla.

—¿Cómo vive doña Victoria?

—La reina vive en una villa más bien pequeña, con una gran sobriedad, con poquísimo servicio, y hace una vida muy sencilla. Acude a los conciertos, a las salas de exposiciones y a las conferencias, sobre todo si el conferenciante o los artistas son españoles. La morada se llama Vieille Fontaine. A la entrada de la casa conserva el cuadro de la ceremonia de su boda en los Jerónimos, pintado por Francisco Comba. También conserva uno de los retratos que le pintó Laszlo, el que tiene puesta la diadema. También tiene retratos de su abuela la reina Victoria de Inglaterra, de su abuelo el príncipe Alberto y de su madrina la emperatriz Eugenia de Montijo. En el comedor están los retratos de los infantes, niños, pintados al pastel por Laszlo. Recuerdo que al mostrármelos se detuvo con aire muy melancólico

delante del que representaba al príncipe de Asturias. El comedor está presidido por un retrato de don Alfonso XIII.

—¿Cómo habla el castellano?

—A pesar de que lleva muchos años fuera de España lo escribe correctamente y lo habla mezclando algún giro de madrileñismo castizo que seguramente había oído a don Alfonso. Hay que decir que la infanta Cristina, que es su vivo retrato, y a quien visité en su casa de Ginebra, tampoco ha perdido este acento de casticismo.

—¿Conoce la reina Victoria Eugenia tu libro?

—No lo conoce; pero uno de estos días va a llevárselo personalmente el marqués de Desio, que ha escrito amablemente el prólogo de mi obra.

—Otro gran retrato para Vieille Fontaine, ¿no crees?

Marino no responde a mi pregunta. Vive la expectación del artista cuando muestra la obra acabada al personaje que le sirvió de modelo.

Julio TRENAS

